

mayores prodigalidades. Sus abusos y errores obra fueron de la época más que de su propia iniciativa.

España, en su obra civilizadora, tuvo que luchar con lo enorme de las distancias, lo defectuoso y primitivo de los medios de transporte y los obstáculos que le opuso en el Océano la piratería de las naciones, envidiosas y hostiles. Hay que imaginarse lo que costaba la traslación á los países americanos, desde Sevilla ó Cádiz, en barcos lentos y pesadísimos, de un toro, un caballo, un puñado de trigo, muebles, armas, libros, etc., de todo cuanto aportaron los españoles como primeros gérmenes de civilización.

Y no sólo había que luchar con el espacio, el tiempo y las cóleras de la Naturaleza, en este noble empeño. Los hombres salían á su encuentro para estorbar el paso á la corriente de cultura. Los galeones españoles tenían que defender á cañonazos la inmigración civilizadora, contra los corsarios ingleses, holandeses y franceses, que intentaban aislar á la metrópoli de sus colonias. La bandera de Castilla cobijó indudablemente muchos errores y absurdos (todos ellos cometidos con la más deplorable buena fe), pero durante tres siglos fué la bandera de la civilización en los mares americanos.

Pueblos ajenos á la raza y al idioma españoles, han sido los primeros en hacer justicia á los servicios que la conquista prestó al progreso humano. Los Estados Unidos de la América del Norte ostentan en su Capitolio de Washington, ocupando un sitio de honor, los nombres de los capitanes castellanos de mar y tierra que fueron los primeros en explorar sus ríos inmensos y echar los gérmenes de la vida moderna en las dilatadas llanuras.

Hace poco, el Presidente de la gran República, Mr. Taft, se expresaba así en uno de sus discursos:

«Los que hemos tenido oportunidad de ponernos en contacto con la civilización de la raza española y de sus descendientes en América, hemos podido advertir que la raza anglosajona, á pesar de su engreimiento, tiene mucho que aprender del refinamiento intelectual, de la capacidad de raciocinio, del temperamento artístico, de la imaginación poética, de los grandes ideales y de la cortesía de las razas americano-españolas.

»Es preciso conocer la historia de las colonias españolas de América para darse cuenta de la enorme suma de energías empleadas por España, sin ayuda alguna, en la obra de la civilización. Las grandes obras públicas realizadas por ella en muchas partes del Nuevo Mundo, ofrecen testimonio de su perseverancia y su espíritu emprendedor, en siglos en que nosotros, los del mundo anglo-sajón, estábamos empeñados en empresas más modestas.

»La historia de los primeros navegantes y de las primeras colonias españolas, se agranda á medida que se la estudia mejor.»

## II

### LOS EXPLORADORES DEL RÍO DE LA PLATA

Las primeras naves que vieron los indios charrúas, habitantes de las riberas del río de la Plata, fueron las tres de la flotilla mandada por Juan Díaz de Solís.

Al iniciarse los descubrimientos del Nuevo Mundo, los reyes de España confirieron el cargo de Piloto Mayor del reino á persona competente por su sabiduría náutica y geográfica. Las cartas preciosas de los nuevos derroteros y descubrimientos quedaban bajo la custodia de este funcionario, residente en Sevilla.

El florentino Américo Vespucio, que acompañó á Alonso de Ojeda en 1499 á una exploración de las nuevas tierras, ocupó el cargo de Piloto Mayor. Había publicado las primeras descripciones de los países descubiertos por Colón, y estos impresos, al circular por Europa, atrajeron la curiosidad pública sobre el autor de la obra más que sobre el héroe de ella, haciendo que el Nuevo Mundo se llamase *América* en vez de titularse *Colombia*, como era lógico. Fué éste un extraño triunfo literario, pocas veces conocido, primando el éxito de la pluma sobre el éxito de la acción.

Muerto Américo Vespucio en 1512, entró á sucederle Juan Díaz de Solís, navegante andaluz (aunque algunos le creen asturiano), nacido en Lebrija, entre Sevilla y Cádiz. Su aspiración, así como la de todos los que se preocupaban de los descubrimientos, era navegar al Sur en busca de nuevas tierras y de un paso marítimo que presentían los mareantes de entonces. Balboa había descubierto un mar, el llamado mar del Sur ó Pacífico, al otro lado de las tierras vírgenes. Parecía lógico creer que el nuevo continente no era una barrera sin término, y explorándolo bien, seguramente podría encontrarse un paso que diera acceso al mar de la otra banda.

Díaz de Solís, que ansiaba ilustrar su nombre con nuevos descubrimientos á impulsos de la noble emulación que movía entonces á los navegantes españoles, consiguió del rey Católico el permiso necesario para ir á descubrir en su nombre nuevas tierras al Sud de las posesiones portuguesas (hoy Brasil), que Cabral había explorado casualmente.

Al mando de tres naves salió Solís del pequeño puerto de Lepe (Huelva) el 8 de Octubre de 1515, cuando sólo hacía dos años que desempeñaba el cargo de Piloto Mayor, empleo en que le sucedió un hermano suyo. Llevaba como segundos á su cuñado Francisco Torres y á Martín García. Seis años antes había ya realizado Solís, con el famoso Pinzón, un viaje de descubrimiento por las costas meridionales del nuevo continente. El rey ayudó á Solís con 4.000 ducados en el nuevo viaje, obligándose, por su parte, el marino á preparar á sus costas una carabela de 60 toneladas y dos de 30, corriendo con los demás gastos. Los beneficios que resultasen de la expedición se dividían en tres partes: una para el rey, otra para Solís y la tercera para los tripulantes. El rey prestó, además, á la escuadrilla, con obligación formal de ser devueltas, «cuatro lombardas grandes (piezas de artillería) y sesenta coseletes de hierro, con sus armaduras de cabeza». Aparte de esto, adelantó año y medio de sueldos al Piloto Mayor. A los pocos meses de navegación, en 1516, llegó la escuadrilla á la desembocadura del río de la Plata, de orillas invisibles como un mar. Solís creyó sin duda en el primer momento haber hallado el paso con que soñaban todos los navegantes; pero su asombro y el de las tripulaciones no fué pequeño al probar el agua y encontrarla potable. El jefe bautizó el enorme río con el nombre de «Mar Dulce», y, tentado por el misterio de la extensión acuática, en vez de seguir el rumbo hacia el Sud, á lo largo de la costa, se metió con la flota corriente arriba. Solís marchaba delante en una pequeña nave de velas latinas, por la ribera oriental, cubierta de enmarañada y baja vegetación. Tras ella no podía distinguirse el arrastre de los indígenas cobrizos, que seguían invisibles el avance de la nave á lo largo del río.

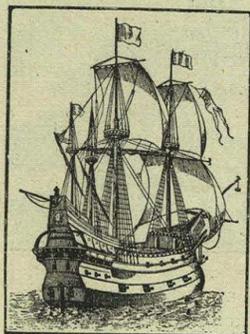
Descubrió Solís una isla, á la que se dió el nombre del piloto Martín García, y al ver en



TRIPULANTES DE UN BUQUE CAZANDO ELEFANTES MARINOS EN EL ESTRECHO DE MAGALLANES (Grabado antiguo).

la banda oriental un lugar que le pareció á propósito para la fundación de un pueblo, bajó á tierra para la toma de posesión con todas las ceremonias usadas por los descubridores españoles. Iban con él dos oficiales y otros siete hombres, y al avanzar tierra adentro los indios charrúas los recibieron con una descarga de flechazos. Cayó muerto Solís y una parte de sus compañeros. Algunos han dicho que Solís fué devorado por los charrúas; otros, con datos de gran autoridad, niegan este aserto, demostrando que los indígenas de la orilla oriental no eran antropófagos. La cuestión no reviste tanta importancia. Si los charrúas no comían carne humana, otros indios de las riberas del Plata y el Paraná estaban habituados á ella, más por rito religioso que por afición gastronómica: y si Solís no acabó devorado, otros conquistadores españoles sufrieron este ultraje póstumo.

La infortunada expedición sirvió para dejar esparcidos por las riberas del Plata y la costa unos cuantos fugitivos, cuyas aventuras hacen palidecer las de Robinsón. Una de las naves naufragó en la laguna de los Patos, y sus tripulantes tuvieron que vivir como pudieron en las tierras vírgenes, huyendo unas veces de los indígenas y entrando otras en relaciones con los menos belicosos. Francisco Torres, consternado por la muerte de Solís, regresó á España con los restos de la expedición, y dió cuenta al cardenal Cisneros, Regente de Castilla, del descubrimiento del «Mar Dulce» y del trágico suceso ocurrido en una de sus riberas.



NAVÍO ESPAÑOL DEL SIGLO XVII

Los naufragos de la expedición sobrevivieron, no se sabe cómo, largo tiempo en estos parajes, jamás hollados por el hombre blanco. Cuando el navegante Gaboto llegó al río de la Plata once años después, todavía encontró vivos en las inmediaciones á tres compañeros de Solís: Melchor Ramírez, vecino de Lepe, Enrique Montes y Francisco del Puerto. Fueron once, según antiguos relatos, los supervivientes de la catástrofe que, luego de penoso vagar, acabaron por establecerse en la isla de Yurumini, en el territorio brasileño, llamada después isla de Santa Catalina. Este lugar, por

hallarse situado en la ruta costera que indudablemente habían de seguir los navegantes europeos que vinieran después, ofrecía mayor esperanza á los naufragos.

Entre los compañeros de Solís, había un joven portugués llamado Alejo García, versado á lo que parece en estudios náuticos y hombre de hechos tan extraordinarios, que su historia casi tiene caracteres de leyenda. Sólo en aquellos tiempos de aventuras prodigiosas podían existir hombres como éste. Con Alejo García se inaugura la heroica serie de vanos esfuerzos y novelescas ilusiones que acabaron por dar al «Mar Dulce» de Solís su título de río de la Plata.

Hombre de entendimiento despierto y gran facilidad de asimilación, García, en el trato continuo de los guaraníes y charrúas, aprendió su lengua y sus costumbres, acabando por sostener estrechas relaciones con ellos, como si fuera de su raza. Entre los indios se hablaba misteriosamente del país de los Caracaraes, situado á muchas jornadas tierra adentro, donde existía un *Rey-blanco* ó Inca, poseedor de inmensas riquezas. En este país se hallaban también la famosa Sierra de la Plata, ríos auríferos, la ciudad de *Choque-Chaca*, que significa «Puente de Oro» (la que después fué Chuquisaca), la cumbre de Potosí, que en indígena equivale á *cerro brotador de plata*, y un lago sagrado (el de Titicaca), en una de cuyas islas estaba la Coricancha ó *Casa del oro*. Este país de maravillas lo habitaban los indios Charcas organizados en ejércitos, que llevaban al combate sus ídolos de oro y plata y hacían de los cráneos de los



INDÍGENAS DEL PARANÁ (De un libro antiguo).

enemigos vasos para beber. Los Caracaraes eran una tribu de los Charcas, la más rica de todas, porque poseía los cerros plátiferos de Potosí y Porco, y su nombre había acabado por ser en los relatos de los guaraníes el que designaba á todos los habitantes del Perú.

Cuando los guaraníes y charrúas ostentaban una grosera alhajilla de plata, al preguntarles por su procedencia, volvían siempre sus ojos al Noroeste. — ¡Del país de los caracaraes! — decían con gestos de admiración.

La fama de los esplendores y riquezas del Perú había llegado á las riberas del «Mar Dulce», y era transmitida por los guaraníes á los compañeros de Solís, mucho antes de que Pizarro llegase á aquel imperio, navegando por el Pacífico. El rumor de una lejanísima ciudad (el Cuzco), metrópoli de la civilización quichúa, había llegado igualmente á estas riberas, transmitido por las tribus errantes, que hablaban con legendaria vaguedad de un pueblo cuyos templos estaban chapados de plata y oro.

Alejo García, enardecido por tales relatos, fué el primer blanco que marchó á la conquista de este Velloco de Oro guardado en el corazón de América, el cual durante muchos años había de inflamar la codicia y el valor de los aventureros. Con cuatro españoles de los de Solís, uno de ellos llamado Alejo Ledesma, se propuso llegar á la tierra del oro. Los hombres de entonces no sentían desmayar su audacia ante la grandeza absurda de ciertos empeños.

En 1524 partieron de la isla de Santa Catalina, atravesando la hoy provincia brasileña del mismo nombre, y cruzando el Paraná, se metieron en el Paraguay. Siguieron casi el mismo camino que hizo años después el adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Los que conocen los bosques de Misiones y las cataratas del Iguazú, pueden darse cuenta de lo que representaría, como penalidades y audacia, la marcha de estos cinco españoles, á través del bosque virgen, nueve años después de su naufragio. Debían ser ya verdaderos indios



COMBATE ENTRE UN GALEÓN ESPAÑOL Y UN CORSARIO INGLÉS (De un grabado antiguo).

en su aspecto y sus costumbres, ejerciendo sobre los demás indígenas, que les miraban como hermanos, la superioridad de sus conocimientos europeos.

Los relatos de antiguos historiadores demuestran que, efectivamente, los naturales del país los acogieron como si fuesen de los suyos, según la facilidad con que les escuchaban y seguían. Al llegar á Paraguay, convocaron á los guaraníes «para que fuesen con ellos á la parte del Poniente á descubrir y reconocer aquellas tierras», y tales mañas se dieron en su propaganda, que dos mil indígenas se aprestaron á seguirles, entusiasmados por las promesas de Alejo García. Al frente de este ejército pasó el río por Corumbá y entró en la llanura infinita del Chaco, en la temible *Tierra de los Mbayaes*, marchando con la misma dirección que años después había de seguir Ayolas, siempre hacia Occidente, con el pensamiento fijo en la rica tierra de los Charcas.

La elocuencia fogosa y las habilidades de este oscuro conquistador le valieron en el camino nuevos aliados. Sus descripciones de las grandes riquezas que podían adquirirse fácilmente, sacaban á los indígenas de su calma habitual. Los Chaneses y los Tarapeocios se dejaron arrastrar por él en fuerza de palabras y dádivas. «Al cabo de muchas jornadas — dice Ruiz Díaz de Guzmán — llegó Alejo García á reconocer las cordilleras y serranías del Perú y se internó en él robando y matando, pasando adelante más de cuarenta leguas hasta los pueblos de Presto y Tarabuco. Los indios Charcas, alborotados por la inesperada invasión, corrieron á las armas, saliendo en gran número al encuentro de los invasores; pero éstos retroceden... Alejo, los demás cristianos y sus aliados se retiraron en tan buen orden, que se salieron de la tierra sin recibir daño ninguno, dejándola puesta en gran terror y á toda la provincia de Charcas en armas».

Al volver al Paraguay, tras una marcha aproximadamente de 1.000 leguas, iban Alejo y sus compañeros «cargados de despojos de ropa, vestidos y muchos vasos, vasijas y coronas de plata». Las vagas leyendas relatadas por los indios eran una realidad. Existía un *Rey blanco*, así como la famosa Sierra de la Plata, con sus cavernas de rico metal. Había que volver á la tierra de los Charcas en otra expedición más fuerte y numerosa, para poder conquistarla. García resolvió quedarse en el Paraguay con este propósito, y desde allí envió por medio de unos indios chaneses, á los compañeros de naufragio que aún vivían en Santa Catalina (entre ellos Enrique Montes y Melchor Ramírez), tres arrobas de plata, doce esclavos y cartas en las que hacía el relato de sus prodigiosas aventuras y los llamaba para que le ayudasen.

Alejo García, confiado extremadamente en sus aliados indígenas, no tardó en sufrir las consecuencias de su imprevisión. La codicia quebrantó la lealtad de los guaraníes y un día, cuando menos lo esperaba, á orillas del río Paraguay, 50 leguas más al Norte del lugar donde se levantó después la ciudad de Asunción, cayeron sobre él, asesinándolo, «para tomarle los esclavos que traía cargados de metal». Luego, sus matadores lo devoraron, siguiendo una costumbre religiosa. El historiador Ruy Díaz de Guzmán dice que llegó á conocer á un hijo suyo, llamado también Alejo García.

Así terminó en 1525 este compañero de Solís, tan heroico y audaz como poco conocido. Fué el primero que llegó á pisar el suelo del Perú. Cuando murió, aún le faltaban cinco años á Pizarro para dar principio á su conquista gloriosa. Como dice el moderno historiador Manuel Domínguez, «el valeroso Alejo García cruzó Curitibá diez y siete años antes que Alvar Núñez, visitó el Paraguay cuatro años antes que Gaboto, exploró el Chaco trece años antes que Ayolas y entró en Charcas trece años antes que Pizarro».

La noticia de esta expedición de tan sobrehumana audacia se esparció por toda la costa del Brasil y al Sud del Brasil. Francisco de Chaves, que fué de los que acompañaron á García en el viaje á Charcas, se había establecido en un pueblo llamado Cananea y relataba á todos la

prodigiosa expedición. En la isla de Yurumini, ó Santa Catalina, seguían viviendo Enrique Montes y Melchor Ramírez, los que enseñaban las cartas del valeroso camarada, así como una parte de sus regalos á todos los navegantes españoles y portugueses, que en su ruta al Sud forzosamente habían de recalar en este puerto. Los mismos indios, al ponerse en relación con los europeos, hablaban con admiración del extraordinario viaje.

Veremos después cómo estos recuerdos, que poco á poco tomaron el carácter de prodigiosas leyendas, influyeron en la exploración del «Mar Dulce», al cual llamaban ya muchos río de Solís, y que acabó por titularse río de la Plata.

\* \* \*

Luego de la expedición de Díaz de Solís, otra escuadrilla española penetró en el vasto estuario en 1520. Mandábala Fernando de Magallanes, portugués al servicio de España, llevando como segundo á Juan Sebastián Elcano, valeroso piloto vizcaíno.

Buscaba Magallanes un paso que permitiera trasponer la dilatada masa del continente, llegando al mar del Sud, ó sea el Pacífico. Al encontrarse con el estuario descubierto por Solís, exploró ligeramente sus riberas y siguió adelante, comprendiendo que no podían ser sus aguas dulces las del paso buscado. En su navegación hacia el Sud tropezó con el cabo de las Vírgenes, torciendo al Oeste, y finalmente, el 1.º de Noviembre de 1520, encontró el tan ansiado Estrecho, al que puso el nombre de *Todos los Santos*, por ser la festividad del día.

Conocida es la historia de este viaje, tan importante para el progreso humano como el de Colón. Pasando el Estrecho lanzóse Magallanes en el solitario Pacífico, que siete años antes había descubierto Vasco Núñez de Balboa, en Panamá, desde las alturas de Darién.

Navegando en pobres naves por las más grandes extensiones oceánicas del planeta, descubrió las islas Molucas, las Marianas y las Filipinas. Al descender en el islote de Mactán, los indígenas lo mataron, con ocho compañeros, en Abril de 1521. De sus naves sólo quedó una, la *Victoria*, que al mando de Elcano siguió el viaje, dando la vuelta al mundo en menos de dos años, pues fondeó en Sanlúcar el 4 de Septiembre de 1522. De los 265 hombres que partieron á bordo de la flota de Magallanes, sólo 17 regresaron en el buque de Elcano, maltratado por todas las olas y temporales del planeta.

Fué éste el momento más glorioso de la historia de la humanidad. Por primera vez el hombre pudo darse cuenta de la configuración del planeta que habita, y tomó posesión de su redondez.

Las dos naciones de la Península realizaron esta empresa civilizadora. Un día los portugueses establecidos en la India asiática vieron con sorpresa una nave que en vez de venir de Occidente, ó sea de la lejana metrópoli, avanzaba por Oriente, cortando las temidas ondas del mar misterioso y sin límites. Era la *Victoria*, la nave de Sebastián Elcano, aviejada por las tormentas, con el velamen recosido, agrietada, remendada, y, sin embargo, gloriosa como una bandera triunfante.

Espanoles y portugueses debieron abrazarse en aquellas tierras lejanas. Era ya inútil la línea de separación trazada por un Papa sobre el mapa-mundi conocido entonces, para dividir la tierra entre los conquistadores de España y Portugal. Unos marchando hacia Occidente y otros hacia Oriente, habían acabado por encontrarse en el lado opuesto del globo.

La Península Ibérica, extendiendo sus brazos, abarcaba el mundo.

\* \* \*

En 1526, el veneciano Sebastián Gaboto, hijo de Juan Gaboto, descubridor de Terranova, que estaba al servicio de España, habiendo sucedido á Magallanes en el cargo de Piloto Mayor, tomó el mando de una expedición de cuatro naves con 200 hombres. Esta pequeña armada, saliendo de Cádiz, iba á seguir la misma ruta de Magallanes, para explorar las islas del Pacífico, especialmente las Molucas, donde se pensaba establecer una factoría, en vista de los informes traídos por Sebastián Elcano. En la flota algunos soldados, según parece, iban acompañados de sus familias para poblar las remotas islas oceánicas.

Al mismo tiempo otra expedición salía de La Coruña mandada por Diego García, con el mismo encargo de seguir la ruta de Magallanes y llegar á las islas oceánicas. Sin embargo, ni Gaboto ni García cumplieron su misión, pasando el estrecho. Los dos sufrieron idénticas atracciones, interrumpiendo su viaje al Sud para meterse en el río de Solís, donde acabaron por encontrarse, entablando recias disputas sobre la prioridad en la posesión de las nuevas tierras.

El recuerdo del viaje de Alejo García, agrandado por el paso del tiempo y las repeticiones orales, surtía ya sus efectos.

Al llegar Gaboto en Junio de 1526 á Pernambuco, los portugueses tuercen su voluntad y caldean su imaginación con las noticias del viaje de García, la existencia del *Rey blanco* y sus tesoros, y la certeza de que el río de Solís, llamado por los indígenas Paraná-Guasú, llevaba rectamente á la famosa Sierra de la Plata. Más al Sud, según le decían, en la isla de Santa Catalina, quedaban algunos cristianos, naufragos de la flota de Solís, que estaban mejor informados de tales maravillas. Como la isla se hallaba en la ruta del Sud, Gaboto fué á ella, encontrándose con Enrique Montes y Melchor Ramírez. Estos solitarios, que vivían del recuerdo de su infortunado compañero, enloquecían de entusiasmo al preguntarles por Alejo García. En su existencia de salvaje aislamiento estaba presente á todas horas el recuerdo de los presentes que su camarada les había enviado desde el Paraguay: tres arrobas de plata y doce esclavos.

Gaboto acabó de perturbarse escuchando á los dos naufragos. Especialmente Enrique Montes, que debió ser de naturaleza entusiasta, recargaba la pintura de las riquezas de aquel país que él no había visto, pero que había saqueado su animoso compañero. Melchor Ramírez mostrábase más parco y sereno en sus informes, pero Montes lloraba de emoción al presentar algunas muestras de oro y plata enviadas por García, llamando á Gaboto y á sus compañeros «los hombres más felices del mundo porque arribaban tan á tiempo». Pajes y marineros volverían á España ricos, como nadie lo fué jamás. Las naos se llenarían de plata y oro, aun siendo más grandes de lo que eran. Según cartas de testigos presenciales, el expansivo Montes describía la ruta que debía seguirse para el país de las riquezas, diciendo que «estaba cierto que, entrando en el río de Solís, se va á dar en un río que llaman Paraná, el cual es muy caudaloso, y entra dentro del de Solís con 22 bocas, y que entrando por este dicho río arriba, no era cosa difícil cargar las naos de oro y plata, aunque fuesen mayores».

— Mirá, hijos — decía enseñando unas cuentas de metal precioso enviadas por Alejo —: de esto se cargarán las naos.

Y los mismos testigos cuentan en sus cartas que Gaboto, enardecido ya como Montes, decía á su compañero Gregio Caro: — «Capitán, yo espero en Dios ponerlos en un pedazo de tierra donde nunca hombres que de España salieron se pusieron en tan rica».

Tales fantasías nada tenían de extraño en aquella época de descubrimientos y prodigios. Además, el conquistador navegaba en busca de oro principalmente, y su imaginación estaba dispuesta á aceptar toda clase de relatos. Gaboto se olvidó completamente del paso del Estrecho y de las Molucas. Su verdadero destino era seguir por el río Solís, al que comenzaban á lla-

mar todos río de la Plata. Nuevos informes, no menos optimistas y enardecedores, encontraba á su paso. Al entrar en el gran río, salíale al encuentro en la orilla oriental Francisco del Puerto, grumete de una de las carabelas de Solís, que milagrosamente había quedado vivo cuando el asesinato de su jefe, á quien acompañaba. También este naufrago, habituado largos años al trato con los indígenas y que conocía su lengua y costumbres, le habló de riquezas enormes que, según ciertas tribus errantes, podían encontrarse siguiendo río arriba. Gaboto penetra entonces por una de las bocas del Paraná, se detiene en la confluencia de éste con el *Caracaraña*, que hoy se llama río Tercero, y allí funda, en la margen derecha, el pueblo de Santi Spíritus, con un pequeño fuerte. Esta fué la primera población española en el Río de la Plata.

Gaboto siguió Paraná arriba, siempre en busca de la preciosa sierra de ricos metales; pero, ¡ay!, las montañas de plata parecían alejarse. Todas las tribus que encontraba al paso hablaban de ellas, pero cada vez las señalaban más lejos, cambiándolas de lugar. En el río Paraguay, 17 de sus compañeros perecieron en una emboscada, y temiendo un nuevo fracaso, retrocedió al río de la Plata.

Allí se encontró con la escuadrilla de su compañero y rival Diego García que, como él, en vez de seguir hacia el paso de Magallanes, se había metido por el río de Solís, deslumbrado igualmente por los relatos sobre la famosa Sierra. Juntos los dos, construyen siete bergantines, barcos de poco calado, para remontar el *Araguay* ó Pilcomayo, adivinando que esta es la dirección que deben seguir para llegar al país de las riquezas. Pero apenas avanzan por el Pilcomayo, tienen que luchar con las asechanzas de los indígenas, que les preparan un final semejante al de Alejo García, y se enteran de una vasta conspiración de las tribus para destruir el fortín de Santi Spíritus, que dejan á su espalda como base de operaciones. Gaboto y Diego García retroceden para reforzar la guarnición.

Informes de los indios querandíes acerca del país de la plata, les hacen cambiar de plan. Según estos informes, marchando por tierra hacia el Noroeste, á través de las soledades del Chaco, podía llegarse á la tierra del «Rey blanco». Gaboto había despachado en esta dirección al capitán César con algunas fuerzas, antes de partir para el viaje del Pilcomayo, y César vuelve al cabo de algunos meses con sólo siete hombres. El capitán se hace lenguas del éxito de su expedición. Ha visto maravillas, «grandes riquezas de oro y plata y piedras preciosas». Entonces Gaboto se dispone á emprender el gran viaje por tierra, siendo el capitán César su guía.

Tres años llevaba el conquistador en las tierras del río de la Plata, pasando del desaliento al entusiasmo, viendo siempre en lontananza los fabulosos tesoros descritos por naufragos é indígenas. En este tiempo habían perecido muchos de sus compañeros, y la traición de los indios le obligaba á vivir en continua inquietud. Aguardaba socorros que había pedido á España, y creyéndolos próximos, descendió el río hasta San Salvador (costa del Uruguay), antes de emprender su viaje por el interior del país.

Pero mientras bajaba el río, ocurrió á sus espaldas la gran tragedia que puso fin á la expedición, privándola de la única base de operaciones. Los indios se apoderaron traidoramente del fortín de Santi Spíritus, entregándolo á las llamas, exterminando á sus defensores y llevándose cautivos á las mujeres y los niños (1).

Una leyenda de amor, la más remota de la época colonial, va unida á la historia de este

(1) Muchos dudan de que existiesen mujeres en Santi Spíritus, y dan por falsa la historia de Lucía Miranda, por haber prohibido expresamente el rey que en la expedición de Gaboto se embarcasen hembras. Pero bien pudieron Lucía Miranda y otras mujeres burlar las disposiciones reales por seguir á sus maridos.